PATRYCIA CENTENO

Espejo de Marx

¿La izquierda no puede vestir bien?

Península
Atalaya

PATRYCIA CENTENO

Espejo de Marx

¿La izquierda no puede vestir bien?

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

ÍNDICE

Empecemos: de izquierda a derecha 11

PRIMERA REVOLUCIÓN
LA IZQUIERDA

Origen 21
Les sans culottes 22
La gauche divine 24
Working clothes 29
¡A las barricadas! 35

SEGUNDA REVOLUCIÓN
NO PUEDE

A la caza del rojo 41
La moda me incomoda 47
La alternativa a la antimoda 51
Vestir de etiqueta 54
Rabotnitsa (mujer obrera) 58
El lujo no deja marca 64
Acumulación de capital 68
Almuerzo con diamantes 72
Lo individual contra lo colectivo 76
Vale, aceptamos traje como animal de compañía 79
El chaqué, el frac y el esmoquin, ¿solo para socialdemócratas? 86
Aquí no se permite la entrada sin corbata 89
Folclore ilustrado 93
Chandalismo 98

Para quitarse el sombrero 100
Para ponerse las botas 105
No veo un pijo 108
Juego sucio 110
Y redistribuyeron la barba 113
Partiendo la pana 118
Aunque parezca mentira, me pongo colorada cuando me miras 121

TERCERA REVOLUCIÓN
VESTIR BIEN

Perfiles 129
Salvador Allende, «el Pije» 131
Stalin, un plano picado 134
Dolores Ibárruri: la Pasionaria 138
Hugo Chávez. Colorín colorado 141
Lenin, por la gorra 145
Mao, en versión original 148
Cristina Fernández de Kirchner, la regenta 152
José Mujica, la modestia, aparte 157
Santiago Carrillo, humilde elegancia 161
El clan Kim: a imagen y semejanza 165
Malcolm X. Negro sobre blanco 168
Che Guevara: ese que llevas estampado en la camiseta 172
Evo Morales, la chompamanía 176
Rafael Correa, bonita camisa 179
Camila Vallejo, bella entre bestias 182
Fidel Castro, el quijote del verde olivo 185

Y sin embargo 189

Bibliografía 191

ORIGEN

El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.

KARL MARX

♪ BSO *LA INTERNACIONAL*

La existencia de una relación rigurosa entre la estructura de clases y algo aparentemente tan frívolo como es un trozo de tela no es un capricho o un empecine, es una realidad dibujada por la historia. La ropa, el maquillaje, el perfume, las joyas, el peinado u otros tantos accesorios han servido para indicar el estatus social, la ideología y el estilo. Fíjense, tan solo es necesario repasar las grandes revoluciones ocurridas para percatarse de que cualquier protesta y descontento social ha acabado tejiendo atuendos característicos. Es decir, no hay vestido nuevo sin revolución pero no hay una nueva revolución en la que no se estrene o defienda un vestido. Y cuanto mayor sea la revuelta, mayor también será la reforma en el atavío. Por tal razón, y no por mera casualidad, en el caso del traje político masculino, los dos hitos que definen la moda actual coinciden en el tiempo con la Revolución Francesa y la Revolución Industrial y, por consiguiente, la implantación del sistema capitalista. Si el pantalón lo introdujeron los *sans culottes*, el denim y el mono, entre tantos otros tejidos y prendas, los aportaron los obreros. Los rebeldes armados del siglo XX, por su parte, pusieron de moda la guerrera, el verde oliva y las botas de caña alta. Si se atiende, hasta el más incrédulo observará que la moda sí le incumbe e incluso le pertenece a la izquierda.

El atuendo de la progresía de hoy, desde el que va enfundado en un traje burgués hasta el que se subleva contra el uniforme político con una camiseta pancarta, habla permanente-

mente de la procedencia, la evolución e incluso la decadencia de las izquierdas. Pero quizá, tras tantas décadas echándose capas de ropa sin más, sea conveniente volver al origen.

«LES SANS CULOTTES»

> *Franceses, habéis reconquistado vuestra libertad, esta libertad de la que los primeros francos, vuestros antepasados, estaban orgullosos; seréis como ellos, fuertes y sanos, como ellos os dejaréis crecer la barba y luciréis la melena larga que tanto apreciaban... Adiós a los peluqueros, peluqueras y comerciantes de moda, os cubriréis con una tela o sayal... Desdeñaréis todos los ornamentos de lujo y usaréis todas vuestras facultades físicas e intelectuales.*
>
> PARÍS, JULIO DE 1789[5]

♪ BSO *LA CARMAGNOLE*

Aunque la mayoría de estudiosos se vean obligados a aguardar hasta mediados o finales del siglo XIX para obtener cierta fiabilidad en sus análisis sobre la izquierda, en nuestro objeto, señalar la íntima relación existente entre la ideología progresista y la indumentaria, no es preciso. Desde el primer momento en que aparece el concepto «izquierda» —motivado por la posición física que tomaron los miembros no conservadores ni centristas durante las asambleas en la Revolución Francesa—, una vestimenta explícita acompañó a los rebeldes. Condenados a definirse por oposición a la derecha (ya sea física, moral, social, económica...), también la confrontación estética derivó imprescindible para demostrar el ardor subversivo dirigido primero contra el aristócrata y después contra el burgués. Y fue la necesidad de crear un atuendo contrario al que imponía la nobleza la que llevó a los

5. Le Tellier, *Le Triomphe des Parisiens*, París, julio de 1789, citado por Christine Bard en *Historia política del pantalón*.

revolucionarios a adoptar el pantalón largo de rayas como símbolo inconfundible de rechazo al calzón de la realeza y la corte. Los *sans culottes* (literalmente sin calzones) se distinguían además por la carmañola[6] —una chaqueta corta y estrecha, confeccionada en paño de lana y adornada con dos filas de botones—, una escarapela tricolor, zapatos de cordón —no de hebilla—[7] y el gorro rojo frigio de Marianne, emblema de la libertad.[8]

Conforme avanzaba la Revolución muchos de los signos de distinción indumentaria que señalaban casta, rango y patrimonio se suprimieron en virtud de un sueño de uniformización de la sociedad republicana y al reaccionario que todavía vestía prendas de seda extravagantes y de vivos colores le resultó imposible pasar desapercibido.

«Llevar un pantalón largo, una chaqueta corta, una peluca negra, un gorro rojo para ocultar la cabellera rubia, bigote postizo, una pipa en la boca en lugar del mondadientes, un grueso garrote a modo de bastón»,[9] eran solo algunas de las precauciones que el aristócrata y el moderado empezaron a tomar para camuflar su condición y conservar así la cabeza durante la época del Terror. El vestir revolucionario francés, por lo tanto, no solo provocó una de las más importantes metamorfosis en la historia de la indumentaria, sino que transmutó las tornas del sistema de emisión y propagación de tendencias: por primera vez la moda (el poder) se dictaba desde abajo. Por todo ello, aún hoy «el traje *sans culotte* —como mantiene la

6. Prenda de origen plebeyo y que toma el nombre de la ciudad italiana Carmagnola, donde la usaban los obreros piamonteses desde el siglo XVII.

7. Actualmente, valerse de un zapato de hebilla no solo se ve desfasado sino impropio para alguien con un poco de clase.

8. Con el primer golpe de estado de Napoleón, el gorro rojo se convirtió en elemento clandestino. Sin embargo, eso no impidió que se difundiera por toda Europa y América como símbolo de libertad y de régimen republicano.

9. Le Père Duchesne, frimario del año II, citado por Christine Bard en *Historia política del pantalón*.

historiadora Christine Bard en *Historia política del pantalón*— sigue vivo[10] en la memoria republicana y obrera, y con razón, porque simboliza claramente el paso de un mundo a otro».

«LA GAUCHE DIVINE»

Es una verdad el que con frecuencia en política se aprende del enemigo.

LENIN

♪ BSO *AUX ARMES ET CAETERA* por SERGE GAINSBOURG

La americana, el pantalón, la raya —diplomática—, el zapato de cordón... No hace falta ser un lince para percatarse de que el atuendo que los burgueses adaptaron en el siglo XIX y con el que protagonizaron la gran renunciación masculina de John Carl Flügel[11] era una versión del atuendo con el que sus antepasados vistieron a la Revolución Francesa. El traje considerado antes plebeyo conquistó así los salones. Sin embrago, una vez alcanzado el poder, la nueva élite siente la necesidad de crear su propio código indumentario, ya no solo para destacar sus diferencias ante la aborrecida clase aristocrática, también para distanciarse del pueblo. Si la sencillez, la austeridad y la sobriedad le garantizan a la burguesía distinguirse de la nobleza, la calidad del tejido, la hechura, los accesorios (incluyendo los excéntricos vestidos de sus esposas, amantes, hijas...) harán lo propio respecto a la masa. Esta contradicción latente, por la que deben rechazar los excesos pero siguen imitando el modelo aristócrata de distinción de clases, también contó con nuevas peculiaridades como lo fue promulgar etiquetas —de primera, de segunda, de tercera— para todo tipo de bienes y accesos.

Aunque pueda disgustar a ciertos sectores, es inútil negar

10. Y si no es así, debería.

11. El hombre renuncia a ser considerado hermoso, su única pretensión será resultar útil y para eso basta con una apariencia sobria.

la imprenta burguesa en el atuendo izquierdista. Y no solo por un pasado coincidente —los *sans culottes*— o porque históricamente miles de referencias indumentarias han acabado calando en el modo de vestir popular, también por el reclutamiento de intelectuales, artistas y bohemios —la mayoría, hijos de papá— a la causa revolucionaria. Dentro de este sector considerable de progresistas que provienen por nacimiento de una clase social superior, encontramos el caso de algunos camaradas (valientes o imprudentes, según quién los analice) que optan por no modificar un ápice o escasamente su indumentaria de alta cuna pese a los recelos que pueda generar su *look* entre el resto de compañeros.[12] Otros (a escoger entre inseguros o campechanos), en cambio, repudian, con casi mayor vigor que el obrero más exaltado, las ropas que en origen le habían sido provistas. Y, por supuesto, también se distinguen los más listos (o aprovechados, juzguen ustedes) que se benefician de la(s) riqueza(s) burguesas —disponibilidad y porte— y de la riquez(a) del pueblo —sencillez. A estos últimos se los conoció a partir de mayo del 68 como *la gauche caviar* o la *gauche champagne*.[13] Concretamente, en política, fueron los opositores del presidente galo François Mitterrand los que introdujeron esta expresión para referirse a los líderes socialistas pertenecientes a la alta alcurnia, o que, pese a proceder de una casa humilde, una vez en el poder, se contagiaban rápidamente de la buena vida del rico y se olvidaban pronto de las penas del pobre. A este perfecto habitante de la *Rive Gauche*[14] le gustaba vestir de

12. Al principio de su militancia, Trotsky aún pensaba que la gente que se convertía al marxismo cuidaba de su imagen.

13. *Gauche* en francés significa «izquierda»: izquierda caviar, izquierda champagne, izquierda divina.

14. Sobre las diferencias de apreciación estética existentes entre el intelectual y el burgués, Pierre Bourdieu apunta: «Puede verse que la oposición que de ordinario se hace entre el gusto "intelectual" o de "*rive gauche*" y el gusto "burgués" o de "*rive droite*" no se establece solo entre la preferencia por unas obras contemporáneas [...] y el gusto por obras más

negro con líneas sobrias y un toque informal pero con paños de calidad. La versión española, la *gauche divine*, llegaría ya entrados los setenta a la calle Tuset de Barcelona, aún bajo la amenaza de un Franco decrépito, pero activo. «Son arquitectos, escritores, antologistas, novelistas, poetas, periodistas, cineastas, médicos, abogados (muy pocos laboralistas); visten jerséis cisne y chaqueta de ante, partidarios del unisexo... femenino; si se compran un coche que exceda al Mini, se lo compran rojo; les encantan las guerrilleras palestinas, van a Calpe con sus planes de fin de semana y a Marruecos con los planes más duraderos, llaman al psiquiatra para consultarle el color del *foulard*, consideran absoluto el tema del diálogo entre católicos y marxistas, saben cocinar dos o tres platos (suele ser el *steak tartare*, el arroz al curry y, en casos de inteligencia excepcional, la paella) y algunos suelen ligar muy bien la mahonesa o el *all i oli*; les preocupa la semiología sexual y la fatal tendencia a la social-democratización que experimenta Europa», escribió Manuel Vázquez Montalbán, con cierta socarronería, sobre los miembros masculinos de tal especie.[15]

No obstante, es esta Izquierda Divina la que ha desempeñado un papel esencial en el intercambio de tendencias indu-

---

antiguas y más consagradas [...], entre el gusto por unos valores seguros, tanto en pintura y en música como en materia de cine o de teatro, y el prejuicio de la novedad, sino también entre dos visiones del mundo, dos filosofías de la existencia, simbolizadas si se quiere por Renoir y Goya [...], centros de las dos constelaciones de elecciones, el rosa y el negro, la vida en rosa y la vida en negro, el teatro de bulevar y el teatro de vanguardia, el optimismo social de la gente sin problemas y el pesimismo antiburgués de la gente con problemas, el bienestar material e intelectual, con el hogar íntimo y discreto y la cocina tradicional francesa, y la búsqueda estética e intelectual, con el gusto por los platos exóticos o —inversión— comidas sin ceremonias, hogares arreglados o —inversión— fáciles de mantener, muebles comprados en los "rastros" y espectáculos de vanguardia».

15. «Informe subnormal sobre un fantasma cultural», *Triunfo*, 30 de enero de 1971, <http://www.vespito.net/mvm/gauche.html>.

mentarias entre la burguesía y la clase trabajadora. Gracias a ellos, las prendas populares, prendas de pobre, que daban la impresión de mal vestido, cambiaron su vocación original cuando algún elegido las defendió sin complejos, con dignidad y finura. La seguridad y garantías que ofrecía provenir de un ambiente favorable —de clase bien— facilitaron, en cierto modo, este tipo de atrevimiento a transgredir y liberarse de las pautas estilísticas fijadas por la política occidental y moderna. Así, Pasqual Maragall, nieto del poeta Joan Maragall, parecía no poder (querer) evitar aquel aspecto bohemio burgués suyo: camisa blanca con americana de pana fina bajo gabardina negra y pelo canoso alborotado. Es más, durante su periodo como presidente del *govern* de la Generalitat y su larga trayectoria frente al ayuntamiento de Barcelona resultaba prácticamente imposible encontrarlo con la americana abrochada y sin las manos reposando en los bolsillos del pantalón. Otro socialista, Jorge Semprún, en una de las últimas entrevistas que concedió a la prensa española —con fotografía incluida—, deleitó al periodista que lo interrogaba con una «elegante camiseta marrón».[16] Seguramente, si la misma pieza la hubiera llevado otro, perdería todo efecto cautivador e incluso al redactor le podía haber resultado ofensivo que un exministro de Cultura español se hubiera atrevido a posar con la parte de arriba del pijama. Pero en la mayoría de ocasiones, estas vestimentas desenfadadas solo son plebeyas en la forma, no en la tela con las que están hechas (aunque los diseños puedan asimilarse, los tejidos suelen ser más caros y delicados).

Atraídos por la idea de canalizar su creatividad mediante la inhibición que se le predispone al pensamiento progresista, también los artistas han participado de un modo activo en la

16. «Lo único que he traicionado es a mí mismo», *El País*, 19 de diciembre de 2010, <http://elpais.com/diario/2010/12/19/eps/1292743618_850215.html>.

confección y reivindicación de lo que hoy se considera una guardarropía de izquierdas. Siempre a la vanguardia y con la pretensión de vestir diferente para provocar de un modo obvio su más firme desprecio a la convención, un caso especial lo conforman aquellos pintores, escritores, músicos, directores de cine o actores a los que les agrada utilizar ropa de obrero mientras crean. Y aunque para el pintor o el escultor esta ropa tiene, por supuesto, ventajas prácticas; su adopción por parte del actor o del escritor, que solo tiene por herramientas lápiz y papel, es puramente simbólica. Si en París Pablo Picasso tomaba el uniforme de un trabajador manual (consistente en un traje de lona de jean o de pana con alpargatas) como una forma de identificación con la clase popular, Frida Kahlo se ocupó de internacionalizar la estética indígena mexicana, y Rafael Alberti de homenajear constantemente al *Traje mío*, *Traje mío*[17] marinero. Es lo que la reputada historiadora Antonia Fraser denominó el disfraz de «los artistas también son trabajadores».

Afortunadamente, con el avance del siglo XX, la cultura y la educación ya no le pertenecieron exclusivamente al rico. Tímidamente, el hijo del obrero se sometió al estudio para descubrir y comprender otros mundos. Y pese a que muchos de estos nuevos intelectuales proletarios demostraron visiblemente su antipatía a la burguesía progresista, finalmente acabaron imitando (o contagiándose) su modo de vestir. En las numerosas instantáneas que se recogieron en marzo de 1977 durante la oficialización del eurocomunismo por parte de Santiago Carrillo, Enrico Berlinguer y Georges Marchais, es fácil adivinar quién de ellos descendía del acomodo. Aunque los tres líderes llevaban un atuendo prácticamente idéntico —traje, camisa y corbata—, en comparación a la naturalidad que mostraba el

17. «Traje mío, Traje mío / ¡Traje mío, traje mío, / nunca te podré vestir, / que al mar no me dejan ir! / ¡Nunca me verás, ciudad, / con mi traje marinero; / guardado está en el ropero, / ni me lo dejan probar! / ¡Mi madre me lo ha encerrado, / para que no vaya al mar!», Rafael Alberti.

italiano (quien además se concedía usar chaleco de cachemira bajo la americana), al español y al francés, impecables también, se les intuía algo más rígidos —más conservadores— tratando, quizá, de no quedar en evidencia, en desventaja. Y es que como defendió el sociólogo francés Pierre Bourdieu, el estilo de vestir y el gusto por la ropa no están sujetos solo a la calidad de la prenda (o la marca) como producto material, sino a la «gracia» con la que se lleva y se luce. Pues el cuerpo, siendo el portador del prestigio, puede delatar perfectamente la clase de origen por la forma de moverse. Y ello, que es propio del *habitus*, se aprende en la familia y en las instituciones culturales en las primeras etapas de socialización. Venga aquí a la memoria toda estampa de Ernesto *Che* Guevara porque, pese a su empeño en aparecer zarrapastroso —como una clara demostración de renuncia a todo tipo de ventaja social pasada—, cualquier harapo ascendía rápidamente de estatus.

«WORKING CLOTHES»

> *Pero he aquí de pronto, sin saber cómo, un mozalbete alto y flaco, como de unos trece años (que seguramente trabajaría en un taller, pues llevaba en la mano un objeto de hierro), se plantó a dos pasos delante de aquel colegial tan lindamente equipado, echó la cabeza atrás, tosió haciendo mucho ruido y, lanzando un escupitajo con todas sus fuerzas contra las hombreras de mi blusa nueva, me miró, despreciativamente y siguió su camino sin decir una palabra. Entonces aquello me pareció inexplicable, pero hoy ya no me lo parece tanto. Aquel muchacho, desdeñado por la suerte, de camisa desgarrada y pantalones rotos, descalzo, sucio, obligado a trotar calles para servir a sus señores, mientras el señorito, muy orgulloso, se paseaba luciendo su uniforme nuevo y brillante, selló en mí su protesta social.*
>
> LEÓN TROTSKY

♪ BSO *EL VALS DEL OBRERO* por SKA-P

Hasta el siglo XIX, todo trabajo relacionado con actividades laborales de cualquier índole (desde la producción a la distribución) era considerado degradante para la honra de las clases altas encargadas de dictar las modas. Por eso, ante la falta de costumbre al trabajo sistemático que se requería para poner en marcha el entramado capitalista, la nueva élite decidió solventar el problema con la creación de una nueva ética basada en el dogma a la laboriosidad («el trabajo dignifica»). De este modo, el hombre que trabajaba pasó a ser respetable y el arquetipo ideal de todos: nobles, burgueses y proletarios. Y, como al trabajar se ensucia uno, todo debía volverse gris, negro, marrón o azul oscuro... Durante generaciones, la vestimenta de trabajo consistió simplemente en el aprovechamiento de la ropa ajada, hasta que ya no —ni siquiera con la ayuda de remiendos, parches y retales— se podía seguir utilizando. A comienzos del siglo pasado, la miseria obligaba a que la mayoría de los trabajadores llevaran a diario un traje más viejo y reservaran el mejor, si es que lo había, para el domingo, el único día libre de la semana. El uniforme del proletariado radicaba en combinar una chaqueta y un chaleco con unos pantalones hechos de un material más resistente y práctico como la pana, una camisa a rayas sin cuello o blanda y de manga corta con un pañuelo alrededor del cuello, toscas botas de cuero con suela claveteada y una gorra plana o, a veces, un bombín si se llevaba corbata. Los hombres que trabajaban como simples oficinistas vestían los clásicos trajes de paño de tres botones o ropa conservadora de sport, mientras que, más tarde, los *yuppies* discutirían sus dudosos negocios de millones de dólares vestidos con diseños italianos, frecuentemente, de chaqueta cruzada.

El trabajo le ha servido al proletariado como mecanismo para identificarse, reconocerse e integrarse plenamente en la estructura social. En este proceso, la claseobrerización estética se intuyó desde el inicio casi de forma innata. «Obrero, casi siempre vestido de obrero que sale del trabajo, con la gorra apretada sobre el cráneo, el cuello de la camisa desbotonado

bajo la corbata barata; alto, bien formado, de cabeza redonda, con rasgos irregulares, grandes ojos redondos astutos y maliciosos bajo los espesos párpados, con una especie de fealdad media, llena de encanto al acercarse y en todo el ser una energía flexible; constante, práctica, inteligente sin ninguna afectación»,[18] anotó sobre Darío, personaje inspirado en su amigo Salvador Seguí, el anarquista Victor Serge en su novela *El nacimiento de nuestra fuerza*. Porque El Noi del Sucre lució siempre gorra, vestido de plebeyo gris, alpargata blanca y pañuelo de seda al cuello (y este último, claro, con cierto desagrado), a pesar de que al anarcosindicalista nos lo hayan presentado hasta aburrir mediante una fotografía en la que aparece disfrazado de repelente señor de alta alcurnia.[19] Ese chocante estilismo, no se sabe cómo (si alquilado o comprado en el ropavejero) se lo consiguió Teresina, su compañera, al enterarse de que Seguí debía viajar a la capital española a tratar con burgueses: «¿Pero dónde vas desgraciado? Vas al Ateneo madrileño. Allí hay intelectuales importantes y condes, Romanones va a presidir tu charla, y tú pareces de lo más tirado así como vas vestido». Pero el traje, según percibió su compañero Joan Ferrer[20], no convenció al Noi: «De manera que cuando iba a la estación de Francia a tomar el tren, tenía la impresión de haberse convertido en un mamarracho. Él tenía una distinción. Aquello fue una calamidad».[21]

Pero es hacia mediados del siglo XX, cuando la división laboral regida entre trabajo manual y no manual (cuello azul *versus* cuello blanco) pierde vigor al considerarse que la clase obrera[22] incluye ocupaciones administrativas y de servicio,

18. *Memorias de mundos desaparecidos* (1901-1941), Victor Serge, Siglo XXI, México, 2002.

19. Si buscan su imagen en Google, será la que aparecerá.

20. Anarquista español.

21. *La revuelta permanente*, Baltasar Porcel, Planeta, Barcelona, 1978.

22. Algunos autores defienden que la deliberada inclusión del término «clase media» por parte de la burguesía para dirigirse a la «clase obrera»,

que la confusión en indumentaria proletaria no solo lleva a una fragmentación dentro del grupo sino que incrementa la «falsa conciencia de clase»[23] de la que Karl Marx tanto había advertido. Y he aquí cuando sucede un hecho altamente perturbador: la mimetización estilística con la derecha (política) deja der ser intencionada —hasta entonces, el objeto de intentar imitar el vestir burgués era únicamente para penetrar en el sistema y luego, cambiarlo— y se vuelve amnésica —olvida la razón de su ropaje y empieza a dar muestras significativas de debilidad *identitaria*. Contagiado por el movimiento estudiantil y obrero contestatario de los años setenta, el expresidente español Felipe González se mostraba públicamente, en sus primeros años como líder de la oposición, con una apariencia claramente definida: trajes de pana marrón, coderas, patillas, melenilla... No obstante, una vez aterrizó en el poder, el socialista andaluz abandonó tal estética (solo recurrirá a ella en mítines y otros actos distendidos) para resignarse diariamente al uniforme clásico: traje, camisa y corbata. Si bien este estilismo podría achacarse al acatamiento de las reglas del juego, las responsabilidades asumidas y al hecho de que el sistema político, conservador por defecto, exige un atavío más formal para ser representado; también es necesario señalar un proceso típico —tan humano— de alienación. ¿Ocurre entonces que un socialdemócrata como Felipe González puede abandonar su ideario por dejar de vestir como un proletario? Seguramente, no: igual que tampoco cambió un ápice el proceder de Lenin al aceptar combinar sus sastres de diplomático occidental con una gorra plebeya. Pero, sin duda, la renuncia del atavío por parte de un individuo para adoptar otro extraño como propio no evade de un trastorno en la per-

---

ocupada y consumista, llevó a esta tremenda confusión que aún hoy provoca que muchos seamos incapaces de autocalificarnos.

23. La adopción de la ideología —aquí la vestimenta— burguesa por el trabajador asalariado.

sonalidad (soy otro) y de todo lo que eso puede conllevar (revelador se muestra el paso del traje Mao al traje occidental en los miembros del Politburó del comunismo capitalista chino actual). De ahí, la importancia del sólido sentimiento de pertenencia al que nos remite Dolores Ibárruri cuando se refiere a la elección de su eterno vestido: «Es lo propio para alguien de clase modesta como yo».

Por otra parte, la industrialización propició también que la indumentaria de los movimientos sociales de origen humilde ya no solo desearan la autopromoción dentro de la sociedad sino testimoniar su repudio a las normas y valores de un *establishment* que condenaban. Y es que el tipo de radicalismo político que conlleva una identificación con la clase obrera a menudo se ha expresado mediante el uso de «ropa obrera»: monos, prendas tejanas, camisas de cuadros, coderas, parches, boinas, botas gruesas con punteras reforzadas, pana gruesa, dril, uniformes en azul o gris de los campesinos chinos... Esta indumentaria considerada «informal» —no formal— contempla la resistencia de la pieza pero también la comodidad para el movimiento y, por lo tanto, suele ser holgada, desenfadada y, a veces, sobre todo en el ámbito rural, con mucho colorido. Pero para que sea significativa, la ropa de obrero se debe llevar como un conjunto completo; es decir, una sola prenda combinada con más ropa de moda simplemente sugiere un guiño pero no un compromiso. Por tal razón, las chaquetas de lana con cremallera de Marcelino Camacho, que le confeccionaba su mujer Josefina, no diferían del resto de atuendos que solía vestir. Porque aunque el sindicalista se permitiera puntualmente un traje, seguía apreciándose la naturaleza proletaria en tejidos (cheviot) y disposición (con jersey de punto de cuello alto, zapato de suela gruesa y cabellera plateada revuelta). Así que la «camacha» —como se ha acabado popularizando en España a la vespa[24] en honor al histórico líder de CCOO— no alcanzó prota-

24. Nombre que también recibe el mismo tipo de chaqueta.

gonismo por su uso en solitario, sino por su impronta en la autenticidad de un estilismo. Y es que cuanto más identificado esté un individuo, o cuanta mayor sea su participación activa, con un grupo social concreto, más probable es que se adorne de un modo especial para desempeñar su cometido. Así, hasta el «cura rojo», que se decidió a batallar contra el franquismo prestando sus humildes parroquias como centros de reunión, se le intuía un aire diferente: le solía molestar el hábito, e incluso el alzacuellos, y prefería el calor de la camacha.

Sin embargo, como ya hemos señalado antes, el sistema político es un sistema tradicionalista también en formas y apariencias. De este modo, cualquier candidato de izquierdas que pretenda plasmar su individualidad ideológica a través de sus ropas provocará con ello —sea o no premeditado— un escándalo que, en determinadas circunstancias, resulta altamente efectivo. Es lo que el historiador Quentin Bell calificó como una «Afrenta Ostentosa»: un uso deliberado de ropa que no se ajusta a las normas de decoro establecidas. «Si participo en un consejo de administración con boina y barba al estilo de Guevara, chaquetón militar y zapatos de tenis, será difícil demostrar a los presentes que mis intenciones no eran polémicas y que me he vestido así por pura casualidad», advierte Umberto Eco en su reflexión *El hábito hace al monje*.[25] Por lo tanto, quienes normalmente usan estos métodos para hacerse ver son con frecuencia personas de bajo estatus, poco poder político y/o invisibilidad mediática, para quienes el hecho de que se fijen en ellos ya es simplemente una mejora (desde el jersey de Evo Morales para su primera visita a Europa hasta las camisetas de la CUP en el *parlament* catalán).

25. Incluido en *Psicología del vestir*.

¡A LAS BARRICADAS!

> *Recuerdo también que (Palmiro) Togliatti vestía en aquellos días una americana harto raída, con las bocamangas deshilachadas, que él gustaba de igualar tranquilamente con las tijeras... Algún funcionario le propuso hacerle un traje, a lo que él opuso un rotundo «no». «Estamos en guerra —decía—. Ya nos vestiremos mejor después...»*
>
> PASIONARIA[26]

♪ BSO *MATADOR* por LOS FABULOSOS CADILLACS

Por último, pero no menos importante, la revolución también ha provisto al armario de izquierdas con un fuerte carácter beligerante. El traje Mao, vestido campesino que acabó imperando durante la Revolución Cultural, pertenecía en realidad a un diseño que el padre de la China moderna, Sun Yat-sen, había adoptado de un uniforme militar a principios del siglo XX.[27] Mientras al pueblo chino se le impuso la vestimenta, líderes afines al régimen maoísta adoptaron libremente el atuendo del Gran Timonel como muestra de simpatía y compadreo. Así, el dictador camboyano y líder de los Jemeres Rojos, Pol Pot, por ejemplo, no solo lucía el traje Mao oscuro, sino también las sandalias de caucho de la guerra de Vietnam popularizadas por el presidente Ho Chi Minh. Y es que, a juzgar por la historia, la supremacía que concede adornarse con el más simple de los accesorios militares a algunos les acaba provocando una especie de adicción enfermiza. Stalin, como tantos otros, se colocó el uniforme a medida y ya no quiso quitárselo jamás. Incluso, aunque en su caso fuera algo puntual y se esmerara en presentarlo siempre impoluto y reluciente, Trotsky también llegó a sentir el hechizo del verde apa-

26. Cita procedente del diario de Dolores Ibárruri sobre sus vivencias durante la II Guerra Mundial en Ufa (URSS) y recogida en *Me faltaba España*.

27. Ver en el capítulo de perfiles: Mao, en versión original.

gado, la capa y el gabán. En 2006, el decomiso de 1.700 vestidos de camuflaje, tela impermeable y 350 pares de botas por parte del ejército significó para las FARC —Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia— un fuerte golpe psicológico. La magia de la indumentaria militar se había esfumado... «Ya muchos de los guerrilleros que siguen combatiendo no tienen ni siquiera uniformes. Eso para la moral es funesto. Están peleando en sudadera y camiseta», declaró Juan Manuel Santos, entonces aún ministro de Defensa y en la actualidad presidente del país andino.

De la batalla también procede la boina del Che que ha acabado convirtiéndose en un icono imprescindible para miles de protestas en todo el mundo. El argentino se pirraba por todo tipo de cubrecabezas con visera e incluso cascos de soldados. De hecho, esta afición a punto estuvo de costarle la vida el día que su compañero Camilo Cienfuegos lo confundió con el enemigo. En España, el anarquismo guarda con especial estima el recuerdo de la conocida como «gorra Durruti», acharolada con las iniciales CD —columna Durruti— y los colores corporativos de la CNT —rojo y negro— en el copete. El anarcosindicalista, además del citado tocado, también disponía de un sobretodo largo de cuero al estilo de los guerrilleros ucranianos de Néstor Majnó.[28]

Y es que muchas de estas prendas —planteadas inicialmente para la lucha— han acabado con el tiempo incorporándose en la indumentaria civil. En las últimas dos temporadas, difícilmente un adicto a las tendencias —sin contemplar ideologías— haya podido resistirse a calzar unas botas guerrilleras o enfundarse una versión de la chaqueta verde olivo de Fidel Castro. Otro clásico para el mundo de la moda es el abrigo bolchevique, que cuenta además con la garantía de no haber perdido jamás una batalla ante el frío... En Occidente,

28. Anarquistas que participaron en uno de los cuatro ejércitos que intervinieron en la guerra civil rusa.

sobre todo entre los estudiantes parisinos del mayo del 68, gracias a las tendencias unisex y el entusiasmo de la juventud por las políticas de izquierdas, se puso de moda el cuello Mao. Porque es en épocas convulsas cuando numerosos movimientos contestatarios rescatan algunas de estas ropas como símbolo de resistencia y oposición a la sociedad convencional. Así es como en medio de una manifestación en contra de la violencia se acostumbran a descubrir personas que combinan una chaqueta de camuflaje con una chapa a favor de la paz. El fenómeno de estas extrañas combinaciones estéticas no es nuevo y repasando instantáneas del Festival de Woodstock encontraríamos numerosos ejemplos. La razón es que a partir de los años cincuenta, los excedentes del ejército (cazadoras de piloto de las fuerzas aéreas, trencas y jerséis de punto gordo de los marinos, mochilas —bandoleras, riñoneras...— de los soldados de tierra...) fueron adoptados por jóvenes que tenían la suerte de no haberlos utilizado y que, en tanto aspiraban a no hacerlo jamás, prefirieron otorgarle un significado nuevo.

Por otra parte, tampoco debe sorprendernos, atendiendo a la singularidad que caracteriza a las izquierdas, que a un mismo vestido se le puedan anotar diversos orígenes. Mientras el peto únicamente se inscribe en la categoría de ropa obrera (entorno rural americano); el mono (pantalón y cuerpo con mangas largas), diseñado en base a los que se llevaban en las fábricas de municiones durante la Gran Guerra, también se establece como una muestra de la lucha armada. No obstante, su uso no se generalizó hasta la siguiente contienda: archiconocida es la instantánea de «Rosie la Remachadora» con la que el gobierno estadounidense alentaba a las hembras a mantener la producción industrial durante la Segunda Guerra Mundial y que en los ochenta pasó a convertirse en todo un icono del feminismo (*Yes, we can do it*). Pero muchos años antes, ya las milicianas españolas (la mayoría pertenecientes a la CNT, UGT o POUM) vestían el mono azul y lo comple-

mentaban con un accesorio mucho más contundente como lo era un fusil al hombro. Ahora bien, sucede con excesiva frecuencia que una de las fotografías más empleadas para ilustrar la indumentaria bélica femenina en nuestro país sea un supuesto retrato de la socialista, y luego comunista, Margarita Nelken. En la imagen, la protagonista aparece equipada con una chupa de grandes solapas, un pañuelo jaspeado —cruzado a modo de camisa— y un cinturón de gran hebilla del que cuelga, a su izquierda, una enorme cartuchera con un considerable pistolón. Sin embargo, numerosas fuentes han advertido que no se trata de Nelken (físicamente no se parece en nada) y que la que posa en realidad es una brigadista internacional, de origen argentino, llamada Mika Etchebéhère. La historia quedaría como una simple anécdota si no fuera porque, en 2009, la concejala de cultura del PP en Badajoz, Consuelo Rodríguez Píriz, se sirvió de esta instantánea para justificar la retirada del nombre de Margarita Nelken del callejero municipal.[29]

29. «El gobierno local retira del callejero a la diputada Margarita Nelken», *El Periódico Extremadura*, 12 de mayo de 2009, <http://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/badajoz/el-gobierno-local-retira-delcallejero-a-diputada-margarita-nelken_443318.html>.